

FERROCARRIL DE LOCOS



Iba yo subiendo la cuesta alegre de los veinte años, tan sin cuidados y falto de penas, que no advertí que se me habían quedado atrás diez y nueve completos, entretenidos en fiestas, ilusiones y risas. No los he vuelto a ver desde entonces. Doblé la cuesta, seguí la senda que tenía delante, poniendo el pensamiento en donde estaban los antojos del deseo, y por ventura dí con la Gran Calle del Mundo, ancha y deleitable por unos sitios, estrecha y lodosa por otros. Estaba toda cruzada de vías férreas, terrestres y aéreas; y aunque muchos transitaban a pie, como siempre fui amiguísimo de lo nuevo, me encaramé en el primer tren que pasaba y me dejé llevar, sin cuidarme del término de aquel viaje.

Ví que cuantos iban conmigo eran de mi propia edad, y que aunque muchos, no había ninguno cuerdo; porque los tales, si equivocados entraban, pronto perdían el juicio, haciéndose uno de tantos.

Sobre la razón de esta pérdida discurría yo, sin hallarla, cuando abrió la portezuela cierto empleado de la Compañía, que me preguntó que para dónde iba. Díjele que ni lo sabía, ni había pensado en ello, y que podría ser que más tarde me enterara, pero que por entonces no me hacía maldita la falta; y él, encogiéndose de hombros y diciéndome que aquel era el más razonable modo de hacer necedades, se fué. Quedé yo muy orondo de la mía, y para entretener el tiempo, que es uno de los modos que han inventado los hombres para perderlo, me acerqué a una compañera de viaje, que, a lo que pude observar, estaba tan provechosamente ocupada como yo.

Era su voz música de encantos, y sus ojos y sus manos y toda ella laberinto de deleites. Harto trabajo fué no aventurarme en él, según me pedían los años mozos. En la plática que tuvimos le pregunté si sabía del término de aquel viaje, y sólo me dijo, que por lo

que iba notando, aquel tren no tenía más destino que descarrilar: en el tiempo que llevaba en él, ya había descarrilado tres veces. Fui tan simple, que se me heló la sangre con la respuesta, y temeroso de la muerte, pensé bajar en la primera estación; pero no pude, porque ya en ella, entró tal lechigada de clérigos y estudiantes, que no dándome tiempo ni lugar el barullo para apearme del tren, que siguió velocísimo su camino, quedéme en mi sitio, resignado a soportar la mala ventura que tenía.

Venían los estudiantes sudando tinta, con tamaña carga de libros a cuestras; y tras de ellos y de su dinero, ciertos catedráticos, componiendo textos, de retazos de libros usados, como sastres de viejo. Y andaban todos tan diligentes, los estudiantes en pagar y ellos en dar sangrías a las bolsas, adobando nuevas ediciones de sus obrillejas pecadoras, que en toma y daca se les iban los años, sin más provecho.

Los clérigos entraron armados de escopeta, y cada cual con su reclamo a las espaldas. La viajera a quien debían de gustar extremadamente los avíos de caza, pronto enhebró la conversación con uno de los clérigos; mas sin duda fué de tan poca sustancia lo que de allí sacó, que luego se acomodó con un grupo de estudiantes. Y ni aun esta compañía le duró mucho; puesto que notando que era gente aquella de poca discreción, de menos dinero, y nada amiga de guardar secretos, se retiró a la vida devota, aunque juro por mi alma, que no la ví confesar en todo el camino.

Confuso andaba yo, sin poder averiguar por qué los clérigos venían armados de tales arreos, cuando uno de ellos me sacó de dudas. En un dos por tres hizo puesto de una ventanilla: colgó el reclamo, que por cierto cantaba muy bien, y en cuanto asomó por el campo una canonjía, le descerrajó tal tiro, que la dejó sin vida.

Me llenó de admiración el ingenio del clérigo y aquel nuevo arte nunca imaginado y seguramente difícil; pues, como después ví, no siempre tenía tan feliz suceso; porque los escopetazos tal vez atinaban, tal otra sólo arrancaban plumas, como disparos de cazadores mentirosos. A veces pasaban las canonjías y beneficios en bandadas, y entonces era el ver y oír las descargas que se les hacían; sino que hubo pieza que quedó tan desconocida, que nunca se pudo averiguar si había sido falda de señora o cosa de iglesia.

Canséme del ruido y ajeteo de aquellos clérigos, y volviéndoles las espaldas, me recogí a un rincón del coche, en donde, cerrando los ojos, entre dormido y despierto, dejé al tiempo que, haciendo su oficio, me llevara del equipaje buena provisión de días y no corta cantidad de propósitos generosos.

En tanto, el tren corría, atropellándolo todo, sin perdonar honras, haciendas ni vidas, cuyos pedazos se repartían unos escritorzuelos, que habían entrado del brazo de ciertos prestamistas, y hasta cosa de media docena de malos médicos. Traían entre todos armada la más disparatada disputa que nunca oí; porque los primeros aseguraban, que le habían ganado pleito a los chismes, los segundos a Judas, y los mediquillos a la Muerte: sino que ninguno lo creía, y juraba cada cual que era verdad. Unos abogados que también entraron, decían, que si era cierto, la Muerte nunca se debió consentir, y que ellos le hubieran sacado la causa en el Supremo, por más que los médicos se empeñaran; porque si es verdad que los galenos no tienen arancel, tampoco lo tiene la muerte, y al cabo, más limpio es acabar de un tabardillo que de purgas. No lo entendían así los boticarios, que oyeron el alegato, y sobre si el negocio andaba mejor con muerte en seco que con ayudas de remojo, hubo sus dimes y di-retes. En lo que sí estuvo todo el mundo conforme fué, en que era muy creíble, y hasta se les podía recibir la demanda sin pruebas, lo que decían los primeros, de haberle ganado por la mano a la misma mentira; porque el oficio se iba por momentos acreditando. Y cuando todos conveníamos en ello, el diablo, sin duda, que es enemigo de la paz, hizo que en aquel momento entrara un naturalista, cargado de cachivaches y conduciendo con especial esmero un gran tarro en que guardaba, en conserva, entre cierta colección de ranas, una de las beatas que apedrearón a San Pablo cerca de Iconio.

Yo no sé si por la fuerza de la inclinación mujeril, o porque la condición del oficio lo pedía, es el caso, que al punto que el naturalista acomodó el tarro, la beata se dió cuenta de todo; y luego comenzó a protestar de que no se hubiera contado con ella ni con las de su profesión en el asunto de que se trataba, y que aquello era sopiarles el oficio.—Y yo creo que la señora tiene razón,—dijo airado un sacristán entrometido, que se había entrado con el apagaluces y los avíos de atizar las lámparas.—¿Quién le ha dado a Vd. velas en este entierro?—preguntó a éste uno de los abogados.—Que ¿quién? ¡Hombre! ¡Pues valía más que me tuvieran que dar velas, teniéndolas a mano! Y a Vd. ¿quién le ha dado licencia para meterse con esa señora?—preguntó el sacristán.—¡Está bueno!—dijo colérico el letrado. ¿Cuándo me metí yo con esa bruja?

¡Nunca lo hubiera dicho! Como si hubieran nacido allí, al punto aparecieron cosa de docena y media de cazadores, que luego se pusieron de parte de la beata, diciendo, que en cosa de echar mentiras eran todos uno, y por tanto, que protestaban de lo de bruja, y

que se hacían esto y lo otro y lo de más allá en quien tocara a la honra de aquella señora. —Pues aquí estamos también nosotros, dijeron unos sastres; porque convengamos en que no hay un jeme de diferencia entre un sastre y un cazador. —¡Sastrecitos a mí! —exclamó airado el abogado—pues yo me frutro en todos los sastres que ha habido y habrá en el mundo, sin exceptuar al que le corte la primera levita al Anticristo! —¡O no! - ¡O sí!

¡Santo Dios! ¡Que batalla! El sacristán, enristrando la caña, le engastó el apagaluces en la nariz a un boticario, un compañero de éste le despampanó la alcuza de las lámparas al sacristán, salpicándolo todo y empapando de aceite unos autos que llevaba el letrado de la disputa; éste, que vió chorreando sus papeles, se los estampó en la cara a un sastre que le acometía con las tijeras; chillaba la moza de los descarrilamientos; requerían las escopetas los cazadores; emborronaban cuartillas los periodistas, y recetaban los médicos, llenándonos a todos de espanto. El único que conservó el seso, fué el naturalista, que viendo que aquello podía acabar malamente, dando una gran voz y empuñando el tarro de las ranas, dijo: —¡Quieto todo el mundo, y todo el mundo se calle; o abro el tarro y suelto la beata, y veremos quién escapa con vida!

En aquel punto acabóse la zalagarda: un clamoroso ruido que apagó los silbos de la locomotora y el crujir herrumbroso de las ruedas oprimidos por los frenos, se oía a un lado y otro del camino. ¡Ciertos son los toros!: —dije, acordándome de la viajera de los descarrilamientos. ¡Ya es! —Miré a la ventanilla, apercebido a lanzarme a la vía, y comprendí luego que no era el ruido para tanto: llegábamos a la *Estación de los Deseos*, y de sus andenes salía el imponente vocear. Estaba el apeadero en bote, y no fué parar el tren, cuando se llenaron los coches de gente bulliciosa y alegre, y toda con el seno en litigio.

Apenas se medio acomodaron los que entraban, empezó tal bulle bulle, que era perder el poquísimo juicio que teníamos. Los deseos de los unos tropezaban en los de los otros; las miradas se encendían en los deseos; los corazones en las miradas: la virtud se descalabraba con las palabras, y la inocencia, estirando los párpados, abría ojos como puertas. entrándose por ellos la hipocresía y la simulación so capa de candideces ¡Válgame Dios!; y cómo se veían hermosas mujeres, asestando tiros contra editores de obras ajenas, como literatos temerosos de sus libros; otras, muy feas, enjalbegas hasta en lo negro de los ojos, disparando metralla por entre fórmulas químicas, que se les leían en los labios y mejillas; no pocas,

tan enredadas en trapos y postizos, que sólo porque los médicos aseguraban que eran mujeres, lo creían los que pagaban las cuentas de la modista y el tendero; algunas, viudas rebozadas, de larguísimo manto, colgándoles una pena muy grande de trapo, por detrás, de *requiem aeternam* por de fuera y de *visus hominis* por de dentro; y todas, en suma, hinchando la vela de los deseos con el aliento de las pretensiones de los hombres!

Y quiero decir aquí una cosa singularísima, que aún todavía, cuando la pienso, me maravilla. Y es, que aquellas señoras hablaban por todo su cuerpo, sin medida, de suerte que todo en ellas parecía palabra. Dí por ello gracias a Dios, que no habiendo concedido a las mujeres más de una boca, con ella sola tal gracia y virtud tienen para hablar. Y lo que entonces me admiró más, fué, que con ser tanto, no se les oía ni entendía cosa de provecho.

Confieso que hasta entonces no me había yo dado clara y cabal cuenta de que el tren caminaba con espantosa velocidad: con tanta, que se dejaba atrás al tiempo. Los días quedábanse zagueros; los meses se enredaban en las zarzas, espinos y tristísimas angosturas de los días; la sonrisa de la Primavera, apenas asomaba por entre hielos y esqueletos de árboles, se devanecía y marchitaba, palideciendo al soplo ardentísimo de las llamas del Austro; y los años, como corredores de los antiguos juegos, multiplicaban los pasos muy veloces, para recibir en la meta la corona de las nieves invernales.

Y digo que hasta entonces no había yo mirado este volar desatentado del tren, porque quien me lo hizo notar fué, la constante y rápida mudanza que mis compañeros llevaban al cabo en sus vestidos y personas, a cada esquinazo del tiempo y a cada vuelta de los días. Mareaba ver cómo cambiaban de ropa y adorno las mujeres, y que hasta hombres que a ratos hablaban como si tuvieran juicio, mudasen tan de continuo el atalaje, como si para ello sólo hubieran nacido. Y fué cosa de grandísima risa lo que con esto aconteció: que fué, que como con tanto trasiego y cambiar de telas, plumas y perifolios, no tenían las mujeres lugar para cosa de sustancia, y el tiempo ni el tren se detenían, llegamos a una estación, que llamaban del *Cabo de la Buena Esperanza*, y sin parar apenas, seguimos de largo con grande algazara y protestas de las solteras, que no se habían casado; de las viudas, que no querían tocas; de las casadas, que las deseaban, y de todas, que echaban de menos dientes, cabellos, color, gallardías y hermosura. Decían las solteras, que habían de reclamar a la Compañía, pidiendo daños y perjuicios, porque el tren no se detuvo el tiempo reglamentario; pero aunque consignaron la reclamación,

como en los itinerarios se decía, que el tren pasaba por la *Buena Esperanza* a los treinta años cumplidos, diéronse por satisfechas, en razón de no haber llegado ninguna a los veinte y cinco.

Pero, Señor, decía yo: ¿es posible que a mí se me vayan los años de entre las manos y a estas señoras no? Nunca sospeché que el tiempo fuera tan bien criado. ¡Qué torpe anduvo el poeta castellano, que dijo:

¡Ayl infeliz de la que nace hermosa!

pues antes es ventura dichosísima el nacer mujer y por añadidura hermosa, a quien respetan los inviernos y coronan de flores perpetuas primaveras!

Así hubiera seguido discurrendo, y tan neciamente, si la misma transformación de las cosas no me habieran puesto delante de los ojos, que los coches se llenaban de remendones. Eran como zapateros de viejo, y venían armados, quien de tarros de tinta, con que aforraban las canas; cuales de dientes; unos traían pelos para cabezas sin ellos; otros ungüentos, para sobar pieles: éstos asomaban hechos espeteras de pinzas, brochas, vinagritos, lápices, nalgas pechos y caras de artificio, y otras mil suertes de mentiras con que fingían necesidades y hermosura. Toda esta tropa de alquimistas era ganado mal oliente y harto ruín; y sin embargo fueron muy bien recibidos y agasajados, aunque procurábamos disimularlo todos y especialmente los hombres, más enemigos de la vejez que las mismas mujeres.

Como el tren corría velocísimo y el tiempo a compás, parecía milagro o encantamiento el retoque que los remendones hacían en la ruina de los años; pues cuando era de esperar que las cabezas se cubrieran de nieve, veíanse ennegrecer o dorar; cuando era razón que las encías se quedaran arrecifes, se las veía adoquinadas; y en todo lo demás nos engañábamos, disimulando lo roto de la edad, así como con remiendos floreados. Llegó momento en que nos plantamos, los hombres en los treinta años y las mujeres en bastante menos; y no nos sacaban de allí un día más ni los cálculos matemáticos de Newton.

Así, entretenidos en corregir partidas de bautismo, llegamos a cierta estación de cuyo nombre no me acuerdo. ¡Qué inmenso gentío nos aguardaba! La muchedumbre ocupaba casi desde un cabo al otro del mundo, y excepción de muy pocas, todas aquellas personas se acomodaron en el tren, que ya era tan largo, que comenzaba en la vida y no se sabía dónde terminaba. Reflexionaba yo entonces de esta suerte:—Aquí evidente es que nadie tiene cabal el juicio; pero

también es cierto, que cuantos más años nos dejamos atrás, más gente nos acompaña. ¿Será posible que la locura crezca con las canas? No parece sino que los años perfeccionan los disparates y que la experiencia no echa un adarme en el platillo de la discreción.

Con tan poca discurría yo, cuando, como para confirmarme los pensamientos, entraron unos viajeros disputando de política y componiendo cada cual el mundo a su manera; y de tal modo lo hacían, que a creerlos, quedaría como nuevo y no lo conocería ni su madre; sino que nadie estaba conforme con la opinión del otro, y así era fácil que quedara sin hacerse la compostura.

Decía un barbero, que para que las cosas entraran en caja, era indispensable que desapareciera la forma poética y se secularizaran los cementerios; porque tenía él averiguado, que no había cosa que secara más el meollo, que la búsqueda de consonantes, y que con ello y roerse las uñas, que es enfermedad que se propaga con los versos, se empobrecía la raza; y por lo que toca a los cementerios, sabía él muy bien, que luego que éstos fueran laicos se establecerían muchos capitales en España, al olorcillo de tan gran adelanto.

A esto contestó un militar, que quizás tendría razón el rapabarbas; pero que en lo que no cabía duda, era, en que el mundo se salvaría por la política hidráulica; y que era urgentísimo, si no queríamos morir de sed, que luego se hicieran muchos pantanos: pantanos en los montes, pantanos en las llanuras, pantanos en los bosques, pantanos en los prados y pantanos en todas partes.

—Muy bien está eso de los pantanos, añadió luego un literato de la corte, que escribía versos y hacía cosas peores en periódicos y revistas; pero crea Vd. que lo que necesitamos urgentemente, inmediatamente, perentoriamente es acabar con la guardia civil; y de seguida, prontamente, eficazmente, radicalmente, suprimir también diez Arzobispado, cincuenta Obispados, arreglar después el Concordato y subirle el sueldo al bajo clero.

Otro viajero, que era maestro de escuela, pero que afirmaba que era pedagogo, para que se le entendiera con más claridad, dijo, que estaba segurísimo de que el mundo quedaría como una seda en cuanto se reformara la Ortografía.

—¡A mi abuela con eso! ¡A buena hora viene Vd. con la ortografía!, replicó otro viajero, que en lo roto del vestido y en lo mal cosido de las botas mostraba no andar muy sobrado de caudales.—Desengáñese Vd. que sólo nadaremos en posibles, que es el gran secreto para que todo camine ordenadamente, cuando el Estado se entere de un arbitrio que he tenido la fortuna de inventar; y que

es tan maravilloso, que, bien planteado, el Gobierno pagaría todas sus deudas y además a todos nos haría ricos y dichosos.

—Pues cuide Vd. que no se le salga el proyecto por los agujeros de las botas, dijo el maestro, picado del poco caso que le había hecho de la Ortografía.

—No se saldrá, contestó el arbitrista; porque lo llevo en estos legajos que no desamparo nunca. Y porque los señores no lo tomen en broma y vean además cuánta es la eficacia de mi arbitrio, voy a explicárselo, brevemente, rogándoles que me guarden el secreto.

Le prometimos todos callar como muertos, y él entonces, desatando un legajo y sacando ciertos papeles, dijo así:

—Pues la suma de todo mi invento, cuya demostración numérica va en estos papeles, consiste en que el Estado se dedique a la cría de ratones.

Decir esto y romper a reír todos fué una cosa misma. Entonces el arbitrista, sin enojarse dijo: —Siempre que le confío a alguien mi secreto, acontece lo propio; pero no crean Vdes. que la cosa es para tomarla en risa; porque no está el hito del invento solamente en eso; sino en que esos ratones los ha de aprovechar el Gobierno para criar gatos, y los gatos para desollarlos y vender las pieles, quedando la carne de estos animalitos para sostener hospitales, hospicios y otras casas de caridad, amén de echar lo que sobrare a los ratones, que así no costarían al Estado maldita de Dios la cosa. Y ahora que ya tienen mi secreto descubierto, yo les ruego, por lo que más quieran, que no lo divulguen, porque podrían otros aprovecharlo, con daño manifiesto de la hacienda pública.

—¡Vaya! ¡vaya!—exclamó en esto un señor, que por los hábitos tomé por obispo, pero que dijo que no era sino capellán de monjas, aunque sus pensamientos volaban más altos.—¡Qué equivocados me parece que están ustedes! Yo he creído siempre, que el remedio de los infinitos males que lamentamos, está en una cosa, que aunque se tome a inmodestia, yo sólo he descubierto. Y ya que este señor ha sido tan atento y generoso que nos ha revelado sus secretos, yo voy a revelar el mío, confiando en la discreción de todos.

—Pues es el caso—añadió—que en todas las ciudades y pueblos, el Gobierno construirá unos grandes depósitos para agua, en sitio elevado; y repartidas por toda la población, pondrá unas bombas movidas por ciguiñuelas, para sacar agua de otros tantos pozos; y luego se hará una ley que diga, que todos los ciudadanos tienen que darle durante media hora todos los días a las dichas ciguiñuelas,

JOSÉ MORENO MALDONADO.

(Continuará)